

La idea y no hasta la experiencia buberiana de ese fundamento. Porque ya sé que la experiencia sólo será el resultado de un encuentro que no puede ser provocado por mí, decidido por mi voluntad.

¿Significa esto que renuncio sin más a ese encuentro? De ningún modo. Pero no puedo escapar a la contradicción en tanto me empeño en ir por donde pretendo.

Parto pues del deseo de encontrar a Buber como interlocutor, de convertirme yo mismo en persona, en un ser dialógico. Al mismo tiempo, sé que voy a internarme en una senda cuyo supremo beneficio consiste en brindarme la posibilidad de comprender por qué —yendo por donde voy— no llegaré adonde quiero.

Ni me pongo en marcha con Buber ni culminaré en él. Al final de mi trayecto, empero, estaré más cerca del fundamento del contacto establecido con Buber. Más cerca quiere decir: próximo a la intuición de ese otro rostro del la realidad visible al que, según Buber, no se accede sino por medio de la *Gracia*.

## El hombre de la ambigüedad

La filosofía aparece siempre como esfuerzo reflexivo empeñado en la aclaración conceptual de la índole de lo real. Pero ¿qué es lo real? Si me atengo a lo sugerido por esta caracterización de la filosofía, lo real es, en primera instancia, un problema. Como tal, constituye una cuestión espiritual. A diferencia del hambre, el sueño y la avidez sexual, acosa exclusivamente al hombre. No es, en consecuencia, un problema espiritual porque atañe al hombre, sino porque atañe al hombre únicamente.

Puedo entonces decir que, filosóficamente encarado, el hombre es el ser problematizado por la índole de lo real.

Concebir lo real como cosa problemática equivale a decir que es algo oscuro: algo que, de suyo, no se entiende.

Ahora bien: ¿la oscuridad de lo real es un problema para todo hombre? No. Inquieta, apenas, a un hombre. A ese hombre, Gabriel Marcel lo llamó «problemático».

Problemático es el hombre que ha rebasado la *actitud natural*, el mundo de la *doxa*, donde impera lo real bajo la forma de lo supuestamente diáfano, o de una opacidad que se sobrelleva, que no llega a ser francamente inquietante. La rutina, el contacto indistinto con objetos y horas, caracterizan la actitud natural. Para el hombre rutinario todo está siempre en su sitio. De lunes a domingo, día tras día, la realidad es la de siempre, la alegría es la de siempre, el dolor es el de siempre, la muerte es eso que lo aguarda allá, en un brumoso final que presiente y calla.

Una misma transparencia (que, finalmente, no es sino luminoso hermetismo) envuelve todo. Al hombre rutinario nada le habla con voz inusitada. Más que vivir, el hombre de la *doxa*, dura.

Ya he reconocido dos actitudes. Dos rostros de lo real. Uno diáfano; otro oscuro. Si así es, si lo real es, al unísono, lo oscuro y lo diáfano, lo apropiado —desde una

perspectiva totalizadora— sería afirmar que, para el hombre, lo real es aquello capaz de transitar de un modo de ser a otro. También del hombre correspondería afirmar que es aquel ser que encuentra en el tránsito de la obviedad a la problematicidad (y de ésta a aquélla) su fisonomía propia.

Hombre y realidad son, pues, fenómenos que hallan en la transitividad su nota distintiva. Siempre que el hombre transita de un modo de ser a otro —de la actitud natural a la problemática y viceversa— con él, y al unísono, transita la índole de lo real.

La esencia de lo real, en consecuencia, se manifiesta de conformidad con el modo como me relaciono con ella. Qué sea en sí lo real es algo que, por ahora, ignoro. Al parecer, sólo puedo llegar a aprehender la naturaleza de lo real bajo la forma de certidumbre cotidiana o incertidumbre problemática.

Corresponde que, enseguida, me pregunte cómo y por qué se pasa de la actitud natural a la problemática o de ésta a aquélla. ¿Qué fuerza es la que me permite sustraerme a la actitud natural? ¿Qué fuerza es la que me reintroduce en ella?

Transito desde la certidumbre sobre la naturaleza de lo real hacia la incertidumbre o viceversa, cuando lo real se libera de la forma de relación que con él he entablado. Mediante tal rebasamiento, lo real define su vínculo conmigo desde *sí mismo y no ya desde mí*. En el seno de esta nueva relación —la del tránsito—, lo real se me manifiesta como lo esencialmente ambiguo. Ya no es lo diáfano de la actitud natural ni lo oscuro de la actitud problemática. En el instante del tránsito desde una actitud hacia otra, lo real se pone de manifiesto como lo esencialmente ambiguo. También Yo, en ese momento, me reconozco como ser ambiguo.

Llamo revelación, con Martín Buber, al acto mediante cuyo cumplimiento lo real logra sustraerse a las dos modalidades que lo caracterizan cuando con él entablo relación sustentado por la certidumbre o sustentado por la incertidumbre.

Llamo revelación, como enseña el pensador, al acto mediante cuyo cumplimiento lo real, fuera ya de la obviedad y de la problematicidad, logra presentarme un semblante nuevo.

Lo real revelado es la fuerza que me impulsa hacia las dos formas de relación que soy capaz de entablar con el mundo. La revelación de lo real es el suceso que provoca mi desplazamiento de la obviedad a la problematicidad y de ésta, a aquélla.

En la actitud problemática me afano por desentrañar la esencia de lo real. En la actitud natural estoy o creo estar en posesión de esa esencia. En la experiencia de la revelación, en cambio, lo real se me ofrenda como ambiguo. Deja de ser una evidencia tenaz, como en la vida problemática, para pasar a ser *una inequívoca presencia irreductible a mi voluntad interpretativa*.

En el acto de la revelación, lo real me dirige su palabra. Me habla de sí. Yo no soy yo quien habla predicativamente de lo real. En el acto de la revelación yo soy, en primera instancia, oyente.

Estoy tratando de poner al descubierto la importancia ontológica y antropológica concedida por Buber al instante que designo con la palabra *tránsito*. Hasta aquí he

visto dos formas de relación con lo real. He visto, además, una forma intermedia —la del tránsito— que, distinguiéndose de las dos anteriores, se me impone como una tercera modalidad de relación.

La experiencia del tránsito, a diferencia de la obviedad y la problematicidad, constituye una relación con lo real que es fijada por el encuentro *desde sí mismo*. En él, lo real no es determinado por mí en cuanto sujeto, sino que, por el contrario, es lo real lo que me brinda tanto una versión de su propia índole como, igualmente, una versión de la mía.

En el ámbito de esta nueva experiencia, de este nuevo vínculo con lo real, el hombre de la obviedad y el hombre problemático ceden sus respectivos sitios al hombre de la ambigüedad. El hombre de la ambigüedad es el protagonista de la revelación, de la singular experiencia en la cual, como sugiere Buber, lo real (que es ahora *lo incondicionado*), interpela al hombre como su interlocutor. Gabriel Marcel sostiene que la fuerza propulsora que posibilita la revelación, el contacto dialógico, es la emoción: «Sólo en la emoción paso a ser un *tú* para mí».

La emoción es, para Marcel, invocación. «Invocar un ser es otra cosa, es más que pensar en él». Pensar en un ser «es en general adoptar una actitud esencialmente análoga a la que adoptamos en presencia de la persona en cuestión en tanto que ella es para nosotros, no un *tú* sino un *él*. Por el contrario, habrá que admitir que desde el momento en que yo invoco, entra en juego algo más que una idea. Pero es preciso, además, que esta invocación tenga —me arriesgaría a decirlo— un fundamento ontológico. No puedo invocar *realmente* a no importa quién, sólo puedo 'aparentarlo'. En otros términos, la invocación no parece que pueda ser eficaz sino donde haya *comunidad*. Es preciso que estemos *ya juntos* en un sentido difícil y profundo de precisar».

Marcel prefiere, en última instancia, la palabra *amor* al vocablo *emoción*. Pero la función que cumplen ambos términos es la misma ya que, indistintamente, los dos aluden a la experiencia designada por Buber como revelación. «Querer es suprimirse como *él*, volver a encontrar la indivisión fecunda que la dialéctica suprime». (...) «El amor está vinculado a la salida del *yo*; en este sentido implica la liberación del *yo*, que lejos de ponerse como esencia, surge como amante. El amor surge como invocación, como llamamiento del *yo* al *yo*». Esta idea se completa en una extraordinaria definición que nos brinda Marcel: «El amor es la vida que se descentra, que cambia de centro».

Descubrir la índole ambigua de lo real y de uno mismo, equivale a descubrir la falibilidad de los supuestos sobre los que descansan la certidumbre cotidiana y la incertidumbre filosófica: ambas son expresiones del antropocentrismo: es decir de concepciones de lo real cuyo eje es el individuo, el sujeto entendido como amo y no la relación, el hombre postulándose como participante. Ambas —tanto la certidumbre cotidiana como la incertidumbre filosófica— son, según Buber, manifestaciones de vínculos dialógicamente inconsistentes con lo real. ¿Por qué? Porque, en ellas, el supuesto interlocutor del hombre —lo real— no tiene jamás la palabra. En la actitud

natural, ello es así porque no me interesa sino lo que ya sé o creo saber. En la actitud problemática ocurre lo mismo porque lo real, si bien ha dejado de resultarme indiferente, se ha ausentado, no me habla. El extrañamiento del filósofo ante el mundo indica claramente que el mundo se le resiste, que el mundo se le niega, rehuendo su entrega. Concebida como aspiración al saber, como anhelo, la filosofía constituye la expresión acabada de una *voluntad* de encuentro que se ve esencialmente frustrada por falta de sustancia dialógica.

Por eso, para Buber, filósofo es el hombre que, liberándose de la falsa inocencia impuesta por la actitud natural, descubre, de súbito, en el privilegiado instante del asombro, que está solo. Digámoslo con él: «Aun cuando el acto filosófico culmina en una visión de unidad, la filosofía se fundamenta en la dualidad de sujeto y objeto. La dualidad de *Yo* y *Tú* encuentra su realización plena en la relación religiosa; la dualidad de sujeto y objeto sustenta a la filosofía mientras se la practica. La primera surge de la situación original del individuo, su vivir ante la faz del Ser vuelta hacia él tal como él se vuelve hacia ella. La segunda surge de escindir esta contigüidad en dos modos de expresión enteramente distintos: uno incapaz de otra cosa que observar y reflexionar, otro incapaz de otra cosa que ser observado y ser motivo de reflexión. *Yo* y *Tú* existen en y por virtud de la realidad vivida; sujeto y objeto, productos de la abstracción, subsisten mientras esta fuerza trabaja».

Lo real como dimensión incondicionada no busca al hombre, no se dirige a él ni lo acoge en un vínculo, sino en el instante de la revelación, en la experiencia del tránsito desde una pretendida dimensión inequívoca a otra del conocimiento. En ese momento decisivo puede verse que el soslayado sostén de la certidumbre cotidiana y de la incertidumbre filosófica es la ambigüedad. Vale decir que, si bien la ambigüedad sólo es abiertamente vivenciada por el hombre en la referida experiencia del tránsito, ella subyace en el fondo de la existencia humana constituyendo su fundamento, su raíz.

Sobre la ambigüedad alza el hombre su vida. Cuando en un momento determinado de esa vida el hombre reencuentra la ambigüedad bajo la forma del contacto que con ella puede hacer como oyente, logra, entonces, entrar en auténtica relación de diálogo con lo real. Esta relación es auténticamente dialógica porque en ella hombre y realidad son interlocutores. Se escuchan. El hombre oye que lo real le dice cuál es el fundamento de su existencia. Y lo real es, por primera vez, advertido por el hombre como lo incondicionado.

## Tú, yo, ello: transiciones

Hay que subrayar, sin embargo, que el encuentro fundamental es propiciado por lo real, aún cuando sea protagonizado también por el hombre. Lo real llama al hombre hacia el encuentro. El hombre se encamina hacia el encuentro con lo real desde